

afectuoso para con su suegro, afectó el mayor celo por sus intereses, y se portó con sus ministros como si fuese él mismo uno de los mas fieles.

6. Seguro ya de hallar cierto número de partidarios en el reino, procuraba seducir á la mayor parte de la nacion; pero sin proponerla mas que la mitad de sus designios, y disimulándola el crimen con mucho artificio. La seguridad de la religion protestante, la reduccion de los católicos á los términos de las leyes establecidas contra ellos, la conservacion de los empleos y honores en las familias protestantes, la libertad de los parlamentos y la supresion del poder arbitrario, el cual decian que era inevitable si se perdía tiempo en poner remedio; tales eran las ideas y los motivos que se proponian á los que no estaban dispuestos á cometer todo género de infracciones. Para ellos no se trataba de destronar al Rey, sino solamente de obligarle á gobernar segun las leyes. Algunos rasgos de autoridad por parte del Monarca á favor de la religion católica, y entre otros la supresion de la fiesta establecida para quemar al Papa con el diablo: diez ó doce artículos de esta especie, ordenados en la estension de los tres reinos en los cuatro años que reinaba en ellos Jacobo, pero reunidos en un mismo libelo, y mirados bajo un mismo aspecto, causaron una conmocion general. Inmediatamente se formó una liga, en que entraban todos con gran facilidad, porque el gefe propuesto para dirigirla se mostraba muy distante de usurpar el trono. Así logró el pérfido usurpador, aquel hombre

desnaturalizado, no solo que le siguiesen los señores ingleses, sino que le suplicasen que se pusiese á la frente de ellos para obligar al Monarca á guardar mejor las leyes.

Contando ya con los ingleses el usurpador, solo trató de aislar, por decirlo así, á la Inglaterra. El Rey habia hecho paces con España, y así podia prometerse que á lo menos en un asunto de religion no le seria contraria la casa de Austria. Jacobo no habia ajustado ningun tratado con Francia, pero era pariente inmediato, y además muy amigo de Luis XIV, por lo que debia esperar socorros de este Monarca, especialmente á favor de una religion que profesaban los dos con igual afecto. Para quitarle estos dos apoyos, el Príncipe de Orange hizo que entrasen los holandeses en la liga de Augsburgo contra Francia, á fin de que cayesen contra esta monarquía las fuerzas de los Príncipes coligados, en caso de que acometiese á la Holanda mientras las tropas de esta república pasaban á Inglaterra. Por otra parte hizo sospechoso á los austriacos al Rey, su suegro, suponiendo que era un Príncipe opuesto á los intereses de esta casa; y faltando á la verdad, aseguró que su suegro estaba unido con la Francia por medio de un tratado secreto. El Emperador y el Rey de España estaban muy dispuestos á recibir estas impresiones, porque no habian podido conseguir del Rey de Inglaterra que entrase en la liga formada entre ellos y los Príncipes alemanes. Como esta liga era una consecuencia de otra hecha en Magdeburgo por los protestantes á favor de

los hugonotes, habia creído Jacobo que era contrario á la sana razon contribuir á que triunfasen en Francia los hereges, al mismo tiempo que estaba haciendo esfuerzos para librar de la opresion á los católicos de Inglaterra.

8. En medio de esto le dió Luis una prueba poco dudosa de su adhesion (1). Luego que el Príncipe de Orange pudo contar con la disposicion general de los ingleses á favor de sus designios, se valió de toda su autoridad para acelerar el armamento que habia principiado ya con pretesto de poner en buen estado la escuadra y las tropas de Holanda. El conde de Avaux, embajador de Francia cerca de esta república, no solo sospechó que el estatouder tuviese otras miras que las de un Príncipe vigilante, sino que halló tambien medio para descubrir que la empresa era únicamente relativa á la Inglaterra, y lo participó al Rey su amo: con lo cual dió aviso Luis XIV al Rey de Inglaterra, y le instó á que tomase todo género de precauciones para defender sus estados de la invasion que les amenazaba. Skelton, ministro de Jacobo en Holanda, le avisó por su parte, con motivo de unas cartas que habia interceptado, y que sin esplicarse claramente, daban muy bien á entender que se urdia alguna trama contra el Rey de Inglaterra. Como la costumbre en que estaba la córte de oír hablar de traiciones, la hacia mirar con desprecio todo género de avisos sobre esta materia, Luis, que era un amigo celoso, volvió á instar de nuevo, envió á Inglaterra á Mr. de

(1) *Revol. de Inglat. t. 4. l. 11. p. 336 y sig.*

Bonrepós, y á pesar de que estaba él mismo amenazado de la liga de Augsburgo, ofreció generosamente sus tropas al Rey, su amigo, con navíos para trasportarlas. Aquel era el momento oportuno para que pasase el socorro, pues la escuadra que hubiera podido oponerse á ello, no estaba todavía en disposicion de hacerse á la vela.

A la verdad que este paso era muy delicado para un Rey de Inglaterra, pues se trataba de introducir en sus estados un egército de extranjeros, de católicos, y lo peor de todo, de franceses; pero cuando el mal es estremado, se suele usar de remedios violentos; y cuando está todo en peligro, es necesario peccer ó arriesgarlo todo. El desgraciado Monarca tenia una buena escuadra, y un egército mucho mas numeroso y mejor disciplinado que el de los holandeses. Solo consideró estas ventajas, y no temió la traicion, tanto mas temible, cuanto mas fuerzas tenia que arrebatarle y convertir contra él. El conde de Sunderland, su principal y casi único ministro, ya fuese por perfidia ó por ceguedad, contribuyó mas que á ninguna otra cosa á alimentar su seguridad imprudente. Aun suponiendo que Sunderland no fuese aquí reo de traicion, como lo han supuesto algunos, no se puede excusar de imprudencia á un Príncipe obstinado en seguir los consejos de un ministro, que habia sido antes el que con mas empeño solicitó su exclusion del trono: que habia promovido la rebelion de los siete obispos, sostenidos secretamente por su autoridad é influjo: que no habia solicitado la

benevolencia del Rey, hasta que vió que era necesario ceder: que habia vuelto á tratar con sus enemigos luego que estos empezaron á prevalecer; cuya muger seguia una correspondencia frecuente con la Princesa de Orange, y cuyo tio, Enrique Sidnei, estaba al lado del Príncipe; en una palabra, un ambicioso, hombre de dos caras, siempre determinado á seguir el partido dominante, y siempre fecundo en recursos para con los otros, en caso de ocurrir algun revés. Estaba Sunderland tan léjos de ser del partido que seguia en lo exterior, que como consta por una de sus cartas, solo habia abrazado la religion de los católicos para servir mejor á los sectarios.

Entretanto el marqués de Albyville, enviado de Inglaterra cerca de los estados generales, recibió órden para pedirles una esplicacion acerca de la escuadra que acababa de prepararse en sus puertos. Antes de que estuviese tan adelantado el armamento, Citters, embajador de los estados en Londres, habia asegurado formalmente con una impostura insigne, que aquella escuadra nada tenia que ver con la Inglaterra, y dió á entender que con mucha mas razon podia recelarse la Francia. Como ya no habia que temer los mismos obstáculos, no se incomodaron mucho para despachar á Albyville, y en vez de responderle, le encargaron que pidiese él mismo una respuesta á su amo acerca de los tratados que hacia con sus vecinos. No se desmintió en esta ocasion el conde de Sunderland, pues por consejo suyo se les declaró á los holandeses que no habia ningun tratado con

Francia, y se mandó al fiel Skelton que volviese á Londres, para ponerle en la Torre.

En fin, estando todo preparado para la invasion, cubrió el usurpador el atentado con las apariencias de la justicia y aun de la generosidad, publicando un manifiesto, en que habia recogido todas las quejas de los estados, ó de los protestantes británicos contra su Rey, y se esforzaba á probar, que este Príncipe se proponia acabar con la religion, con las leyes y con la libertad del país. Añadia, que habiéndole suplicado los grandes del reino, así eclesiásticos como legos, que en calidad de justo mediador les socorriese contra la tiranía, el interés sincero que tomaba en su triste situacion, le habia movido á arriesgarlo todo por ellos, no con el designio de invadir el reino, sino con el objeto de que se reuniese un parlamento libre, capaz de cimentar la religion y las leyes sobre unas basas que no pudiesen faltar en lo sucesivo. Dada en Inglaterra esta señal de la rebelion y del desórden, no pensó el perturbador mas que en acelerar su marcha.

Se hizo á la vela en los últimos dias de Octubre de 1668, con cincuenta navíos de guerra, cuatrocientos barcos de transporte, y doce ó trece mil hombres de desembarco. La escuadra llevaba bandera blanca, con las armas de Orange, al rededor de las cuales se leian estas palabras: *Por la religion y la libertad*. Fue acometida de una tempestad violenta; tuvo que volver á los puertos de Holanda á reparar las averías, y no obstante se hizo el desembarco sin

oposición el día 15 de Noviembre en Lime y en Torbay, en el Devonshire. Lord Darmouth, almirante de Inglaterra, habia prometido al Rey detener á los enemigos; pero no pareció, y desde entonces empezó á temerse la desercion, que se declaró despues. Sin embargo, aunque se habia hecho el desembarco, pasaron algunos dias, y ninguno de los descontentos fue á reunirse con el usurpador. Si el Rey hubiera juntado entonces sus tropas, y sin darlas tiempo para reflexionar, las hubiera puesto delante del enemigo, casi no es dudoso que le hubiera obligado á reembarcarse. La desconfianza, muy fundada sin duda, que tenia de la felicidad de sus gentes, le hizo estarse en inaccion; pero era aquella una coyuntura en que debia arriesgarse todo.

9. Al fin, la nobleza británica acudió á alistarse bajo las banderas del estatouder. Lord Combury fue el primero que dió el egemplo de estar corrompido el egército real, pues con pretesto de apoderarse de un atrincheramiento del enemigo, se puso á la cabeza de un destacamento, sedujo á cuantos soldados pudo, y le llevó á Exester al Príncipe de Orange. Lord Churchill Malboroug, tan generoso por otra parte y tan querido del Rey, que se miraba como á su primer favorito, no solo se entregó al estatouder con todos los ingleses que pudo llevarse consigo, sino que, segun todas las apariencias, intentó asegurarse de la persona del Monarca para ponerle en manos de su enemigo. Despues de estos egemplos fue general la desercion: se violaron los derechos de la

naturaleza y las obligaciones de los vasallos: el Príncipe de Dinamarca, segundo yerno del Rey, y la Princesa, su hija, le abandonaron por el Principe de Orange: sus tropas se desordenaron en su presencia, y se dispersaron algunas: todos los dias habia sublevaciones en las provincias, donde muchos señores, declarados abiertamente á favor del estatouder, se apoderaron de los puntos mas ventajosos.

En este apuro se le aconsejó que tratase de composición con el Príncipe; y le envió algunos de los señores que le quedaban, con poder para tratar segun las condiciones que juzgasen convenir al estado presente de cosas. Como el Principe habia dado á entender en su manifiesto, que principalmente pedia un parlamento libre, y se dirigia á Londres, le pidió que suspendiese su marcha, para dejar al parlamento que el Rey iba á convocar, la libertad que él habia ido á proporcionarle. Entonces pudo verse hasta dónde llegaba la ambicion de aquel falso defensor de la constitucion británica. Incomodado con la convocacion de un parlamento, en que el Monarca quedaria sujeto á las leyes, pero al mismo tiempo se aseguraria mas y mas en el trono, porque nada tendrian ya que temer de él los protestantes, continuó su marcha, y no respondió á los diputados hasta que estuvo tan cerca de Londres, que pudo intimidar á los que todavía no habian adoptado todas sus pretensiones. Allí respondió con tanta altivéz, y propuso unas condiciones tan duras, que advertido el Monarca por uno de los tres diputados, conoció que ya no estaba seguro

en el reino, y tomó la resolución de buscar un asilo en Francia.

10. Su primer cuidado fue hacer que pasase allá la Reina, su esposa, con el jóven Príncipe de Gales: lo que era sumamente peligroso en aquellas críticas circunstancias. Se disfrazaron, huyeron por escalas y caminos ocultos, y atravesaron el Támesis en una noche tempestuosa. Habiendo llegado la Reina á la otra orilla, estuvo poco menos que á campo raso esperando un coche que habian de llevar de una posada inmediata. La curiosidad de un hombre que iba con una luz en la mano adonde ella estaba, hizo temer que fuese descubierta. Riva, oficial italiano de esta Princesa, le siguió prontamente, tropezó con él como por casualidad, y ambos á dos cayeron en el lodo, escusándose mutuamente. El curioso no pensó mas que en ir á limpiarse, y al momento tomaron el coche. El ángel tutelar del jóven Príncipe veló tambien en la conservacion de su vida preciosa hasta Gravesand, en medio de las centinelas y de los aldeanos avaros, que luego que veían algun desconocido sospechaban que era un católico fugitivo, y procuraban detenerle. Cuando llegó la Reina al puerto, fue presentada al capitan del navío como una señora italiana que regresaba á su país con su familia, é inmediatamente entró en la cámara que la habian destinado, con el ama de cria que llevaba al Príncipe. El viage fue tranquilo, y aportaron felizmente á Calais.

11. El Rey salió tambien de Londres y de los

caminos por donde se vá al mar, y se embarcó para seguir á la Reina; pero estando su navío mal lastrado, y siendo preciso saltar á tierra para echarle lastre, fue conocido su Magestad y le prendieron cerca de Feversham. A la primer noticia de su evasion, se habian declarado públicamente los grandes á favor del Príncipe de Orange; mas cuando supieron que le habian detenido, se reunieron y le enviaron á toda prisa sus coches y guardias para que le llevasen á Londres, donde fue recibido con unos honores y demostraciones de alegría, de que no habia memoria. ¡Tan cierto es que las cabezas británicas no tienen mayor estabilidad que los mares de que están rodeados! El Príncipe holandés, que lo conoció perfectamente, resolvió no darles tiempo para asegurarse en unos sentimientos que le llenaban de consternacion. Envió á Londres dos mil hombres de su ejército, que echaron de allí á los guardias del Rey, y se apoderaron de las puertas y de las calles que iban á parar á Witheall. Hecho ésto, mandó decirle, mas bien como déspota que como yerno, que eligiese entre Ham y Hamptoncourt, para retirarse con su familia. En lugar de estas dos plazas pidió el Rey la de Rochester; y el Príncipe que se hizo cargo del motivo porque preferia un lugar mas á propósito para escaparse por mar, aceptó la demanda, y puso tan poco cuidado en custodiarle, que todos creyeron que queria dejarle huir por evitar la infamia de llegar al extremo de la violencia contra un padre. En efecto, el Monarca se escapó por un jardín, en que habia una puerta que iba á dar

al Támesis; entró en una barca que habia hecho preparar, y fue á la corte de Francia á buscar á la Reina, su esposa.

12. Entonces hizo el Príncipe de Orange su entrada solemne en Londres, donde fue recibido con los aplausos que dá siempre aquel pueblo á las revoluciones. Le suplicaron que se encargase del gobierno hasta que se convocasen las cortes del reino, no en parlamento, porque esto solamente podia hacerlo el Rey, sino con el nombre de convencion. ¡Tan cierto es que con la mayor parte de los hombres pueden mas las palabras que las cosas! Declaróse vacante el trono por el mal gobierno y la desercion del Rey; bien que la cámara alta se opuso mucho á esta resolucion. Mas fuerte fue la oposicion cuando se trató de elegir nuevo Rey; de manera que el miedo de ver frustrados sus designios, obligó al Príncipe á quitarse enteramente la máscara. Se asegura que amenazó á los grandes, diciéndoles que se retiraria á Holanda, y los abandonaria al justo resentimiento del Rey, manifestándole quiénes eran los que le habian llamado á Inglaterra: lo que bastó para conseguir cuanto quiso de unas gentes que tantos pasos habian dado en la carrera de la maldad.

13. Establecido Guillermo en el trono, no gozó de la felicidad que se habia prometido. La Irlanda sola, que era casi toda católica, y estaba gobernada por el conde de Tyrconel, el cual honraba su fe pura con su inviolable fidelidad para con su Soberano, inutilizó casi de todo punto las demás ventajas del

usurpador. Aquella nacion valerosa y fiel restableció de tal modo las esperanzas de su Rey, que volvió para ponerse á la frente de sus tropas. Allí consiguió considerables triunfos: lo que inflamó su valor hasta el extremo de persuadirse que podia presentar batalla á un ejército de cuarenta y cinco mil hombres, mandado por el Príncipe de Orange en persona y por el mariscal de Schomberg, que habia salido descontento de Francia con motivo de la desgracia de los hugonotes. Jacobo no tenia mas que unos quince mil irlandeses con cinco mil franceses, porque Luis XIV que tenia contra sí las fuerzas de toda Europa, no habia podido enviarle mas gente. Dióse la batalla á orillas del Boyne, y tomó el nombre de este rio, el cual quiso pasar Schomberg, y perdió la vida en esta tentativa. El Príncipe de Orange, menos impetuoso y muy superior en el número de tropas, y principalmente en la artillería, desbarató el ala derecha, y se disponia á apoderarse del Rey, cuando los oficiales de este Monarca le aconsejaron prudentemente que se retirase. Sola la desesperacion podia inspirar mayor perseverancia en el campo de batalla; pero no estaba en el mismo caso toda la isla, donde tenia aun el Rey muchas plazas fuertes; y así no se aprobó que volviese á embarcarse inmediatamente. Cuando se disputa un trono, debe darle por perdido el que se retira de la demanda. Jacobo no habia perdido en la batalla mas de mil y quinientos hombres, y con los que le quedaban podia mantenerse en sus puestos, hasta que la Francia estuviese en estado de enviarle